

✠ Imágenes para Orar con el ciclo litúrgico "B" ✠

Segundo Domingo de Adviento

Mc 1,1-8





San Marcos Evangelista

Autor: Ghirlandaio, siglo XV



San Juan Bautista

Autor: Tiziano, siglo XVI

Monasterio de El Escorial. Madrid

Homilía para el Segundo Domingo de Adviento (B)

Lectura: Is 40,1-5 y 9-11

Evangelio: Mc 1,1-8

Autor: P. Heribert GraabS.J.

¿Han enviado ustedes a alguien al desierto?

Probablemente no le han deseado nada bueno.

Enviar al desierto significa siempre:

Desembarazarse de alguien, arrojar a alguien o deshacerse de una persona.

En nuestra imaginación, el desierto es un lugar de desolación.

Desierto, calor, sequía y sed convierten el desierto en un lugar de amenaza mortal.

Conforme a esto, el desierto es también en la tradición bíblica una tierra sin bendición incluso maldita, un lugar de perdición.

En el sentido transmitido, el desierto se convierte en los antiguos profetas en la realidad desoladora de la rebelión de Israel contra Dios, una imagen de la lejanía y del abandono de Dios.

En contraste con esto, las Lecturas de este segundo Domingo de Adviento, describen precisamente el desierto como el lugar del cambio, como el lugar en el que Dios mismo se arriesga a un nuevo comienzo.

Además me llama la atención:

Ya muy al comienzo del relato de Creación se dice la tierra era desierto y caos, la oscuridad yacía sobre la marea primordial.

Pero sobre este caos flotaba el Espíritu de Dios que ordenaba y daba vida.

Más tarde crece por el desierto de la esclavitud de Egipto, la nostalgia del pueblo por una vida, que merezca este nombre, la nostalgia de sentido y realización.

A través del caos de agua del mar de las cañas y en cuarenta años de peregrinación por el desierto conduce Dios a Su pueblo a la tierra prometida, que mana leche y miel.

La Lectura de hoy sirve de base a otro escenario que, sin embargo, comunica el mismo mensaje:

¡Dios crea un nuevo mensaje!
Deutero Isaías, un profeta particularmente poco conocido,
anuncia este mensaje inmediatamente antes del regreso de los desterrados del exilio babilónico.
Para ellos es inminente una segunda salida desde la esclavitud a la libertad regalada por Dios.
Su camino los conducirá también esta vez a través del desierto en el sentido literal y transmitido.
Y también la patria - la ciudad de su Dios, Jerusalem la encontrarán devastada.

Pero – como en el primer Éxodo
Dios mismo vuelve a ir con ellos de camino.
El profeta llama al pueblo a prepararle a Él,
al Señor, el camino a través del desierto sabiendo muy bien, que es finalmente el Señor,
el que prepara el camino a un nuevo futuro.

En esta situación, es natural darse por aludido en un espléndido texto del primer Isaías:
¡El desierto y la tierra seca deben alegrarse,
la estepa debe llenarse de júbilo y florecer,
estalle en flor y se regocije
hasta lanzar gritos de júbilo! (Is 35,1-3)

Israel en su historia ha experimentado continuamente la fidelidad de Dios.
Continuamente ha experimentado este pueblo de forma concreta:
Dios no sólo en la miseria de la decadencia histórica ha producido un cambio saludable.
El crea continuamente sobre todo en el desierto de la propia lejanía de Dios un nuevo comienzo.

Por esta experiencia de la fidelidad de Dios y de la promesa de Dios mismo ha crecido la fe:
Dios transformará cuando haya llegado Su hora todas las experiencias de desierto de la vida humana y creará la salvación definitiva e irreversible.
Enviará a Su mensajero, el Mesías, el Ungido de Dios.
Él salvará a todos los pueblos de más allá de las fronteras de Israel de los poderes mortíferos.
De los desiertos interiores y exteriores de la vida humana, realizará una nueva creación,
una nueva tierra, un nuevo cielo.

En la época de Jesús les parecía a muchas personas que el tiempo estaba maduro.
Vigorosamente y con poder entró Juan Bautista en el desierto.

Bautiza en el Jordán un símbolo de la vida en medio del desierto.

**El pueblo estaba lleno de esperanza
y todos pensaban si Juan
no sería quizás el Mesías. (Lc 3,1-5)
Pero, él remite al que vendrá después de él.
Él bautizará con Espíritu Santo y Fuego.**

**Sólo un poco más tarde preguntan las gentes
también a Jesús:**

¿Eres Tú el que tiene que venir o debemos esperar a otro?

Jesús hace referencia a la promesa de Isaías y la ve realizada:

**Los ciegos ven de nuevo y los cojos andan;
los leprosos quedan limpios y los sordos oyen;
los muertos se levantan
y es anunciado el Evangelio a los pobres. (Mt 11,5)**

Donde está Jesús, se hacen presentes los milagros del desierto.

En el desierto se pronuncia también la palabra de Jesús:

**Yo soy el Pan de Vida,
quien venga a Mí no tendrá nunca hambre,
y quien crea en Mí nunca tendrá sed. (Jn 6,35)
Y Pablo interpreta esta palabra de Jesús de la tradición creyente de Israel:**

**Nuestros antepasados bebieron en el desierto
de la roca que da vida, que les seguía.
¡Y la Roca era Cristo! (1 Cor 10,4)**

**Hoy las experiencias de desierto no nos son extrañas.
Día a día somos confrontados con los “desiertos”
de terror y violencia, de hambre y pobreza,
de crisis económicas y políticas
de enfermedad y de muerte.**

Más aún: El desierto nos ha alcanzado a nosotros mismos,

¡está dentro de nosotros!

Pero con ello ¡nosotros mismos somos lugar de encuentro con Dios!

**Dios quiere conducirnos a su tierra prometida
fuera de este mundo y de nosotros mismos,
fuera de todos los desiertos enemigos de la vida
en nosotros y a nuestro alrededor.**

**Él ha comenzado un nuevo e irrevocable principio
por medio de Jesucristo, que con Su muerte y
resurrección ha vencido el absurdo de la muerte.
Ya participamos por medio del Bautismo de Su vida divina.**

¡Día a día Él viene a nosotros!

Dios está para llegar en cada momento de nuestra vida.

Esto es Adviento -;no sólo en estos días anteriores a Navidad!

**Dios quiere venir en Jesucristo a nuestro mundo,
a nuestro corazón,
a nuestra alma atormentada,
donde con frecuencia hay tanto desierto y vacío.
Adviento nos invita a abrirnos a esta llamada,
a aumentar nuestra sed y dejarla apaciguar por Él.**

¿Qué debemos hacer? Preguntan entonces las personas a Juan.

¿Qué debemos hacer? Preguntamos también nosotros.

Y la respuesta suena como entonces:

¡Preparad el camino al Señor. Allanadle el sendero!

Echad fuera del camino los impedimentos:

Todo egoísmo, toda disputa, toda mentira...

Y cuando tú te tomes en Adviento continuamente tiempo para meditar en silencio,

para una lectura u otra del Evangelio;

un poco de tiempo para tus prójimos,

para diálogos que reconcilien o que sean consoladores,

entonces está toda esta construcción de caminos en el desierto de nuestra vida.

Celebramos ahora todos juntos la Eucaristía.

Aquí Adviento se hace para nosotros una realidad muy concreta:

Él viene a nosotros salvando y curando.

¡Dejemos que esto suceda

y dejemos que actúe internamente Su llegada en toda esta semana!

Amén

www.heribert-graab.de

www.vacarparacon-siderar.es